

rumbo del conocimiento integral al alejarnos de nuestro propio conocimiento interior en aras de alcanzar las estrellas más lejanas y los espacios más microscópicos?

—El camino del espíritu y el camino de la ciencia son igualmente peligrosos. Los peligros están adentro y afuera, en lo cósmico y en lo microscópico. Los seres humanos de toda época, y de todo lugar, tienen que construir un modelo del mundo para poder habitar en él con sentido. Pero ningún modelo, ningún paradigma, ningún sistema de creencias, por completo o elaborado que sea, es capaz de atrapar la riqueza sin límites de la realidad. Siempre habrá puntos ciegos, trampas y caídas. Ahora sufrimos los delirios de la razón, antes los de la fe. Sería fácil decir que estamos más perdidos que nunca, que corremos como gallinas sin cabeza hacia el borde del precipicio. Pero yo no sé si existe algún camino que nos lleve a otra parte. Todos los caminos, bien recorridos, te llevan al abismo. Yo admiro y escribo sobre personas que se pierden, que andan por donde no hay huella, que se lanzan hacia adelante sosteniendo su corazón en ambas manos, como si fuera una ofrenda. Y con eso no me refiero sólo a científicos, artistas o grandes pensadores. Cualquier mujer, cualquier hombre, cualquier niño que camine con consciencia, sabe que no hay suelo bajo sus pies, ni cielo sobre su cabeza. Eso es estar vivo.

—En el relato final del volumen hay un cierto aire ecologista, una especie de mirada al mundo paradójica, pues lo que queda es la exuberancia de la naturaleza, su “monstruosa fertilidad” en la que la especie humana está incluida. ¿Es así?

"¿Hay caminos para volver? Sí, los hay. ¿Pero queremos volver, realmente? No estoy tan seguro"

—No hay nada por lo que yo sienta una mayor veneración que por la naturaleza, y tal vez por eso mismo no soy capaz de tolerar las visiones edulcoradas e inocentonas que la gente tiene sobre ella. Basta pasar una noche solo en el bosque para entender que el ser humano ya no es parte de la naturaleza. Quizás nunca lo fue. ¿Hay caminos para volver? Sí, los hay. ¿Pero queremos volver, realmente? No estoy tan seguro. Donde uno ponga la mirada podrá ver tanto la monstruosidad como la gentileza que hay en la naturaleza. Nos seduce su belleza, pero también nos debería espantar su absoluta indiferencia, su crueldad, su violencia sin límites, su asquerosa fecundidad. Casi no hay nada en el mundo de los seres humanos que le haga sombra. Y ambas dimensiones —la belleza y el horror— están en nosotros. Yo detesto las ciudades y añoro el verdor de la primavera, pero también entiendo nuestro impulso de cubrirlo todo con concreto, de vivir en un mundo plenamente humano. Somos tan frágiles, tan débiles... Estas paradojas no tienen solución, pero creo que si somos capaces de ver, sentir y aceptar esas fuerzas opuestas, podremos tener una noción más acabada del alma del mundo, y de cómo recuperar nuestro lugar en ella.